

RELATOS

RENDIBÚ
CONCURSO DE ARTES

ESCUELA DE DOLOR

El dolor se presentó de forma inesperada y brutal a las cinco de la madrugada, tenía el cuerpo de un niño de nueve años y la mirada acechante de un felino hambriento. Se escondió en el altillo del armario, abrazándose las rodillas, mordiéndose la lengua y encogiendo los pulmones para no ser descubierto.

Me despertó un fétido olor a leche agria que me dejó inmóvil, como si un sentido oculto me indicara que algo dejaba de ir bien. Abrí los ojos y observé la quietud del cuarto: la puerta cerrada frente a la cama, una cómoda a un lado, el perchero vacío al otro, la forma de mis pies tapados por la cubierta, las zapatillas sobre la alfombra, la ventana con las cortinas descorridas y la oscuridad de la noche, una vieja edición de 'La Metamorfosis' sobre la mesilla y finalmente, el armario. De ahí procedía mi malestar, de la parte superior del armario, con las puertas casi cerradas. Dentro del armario había un niño.

Sin lugar a dudas se trataba de una pesadilla, una pesadilla donde las sombras y las formas amorfas cobraban vida y se recomponían dibujando un pequeño cuerpo de niño que parecía esconderse ante mi mirada.

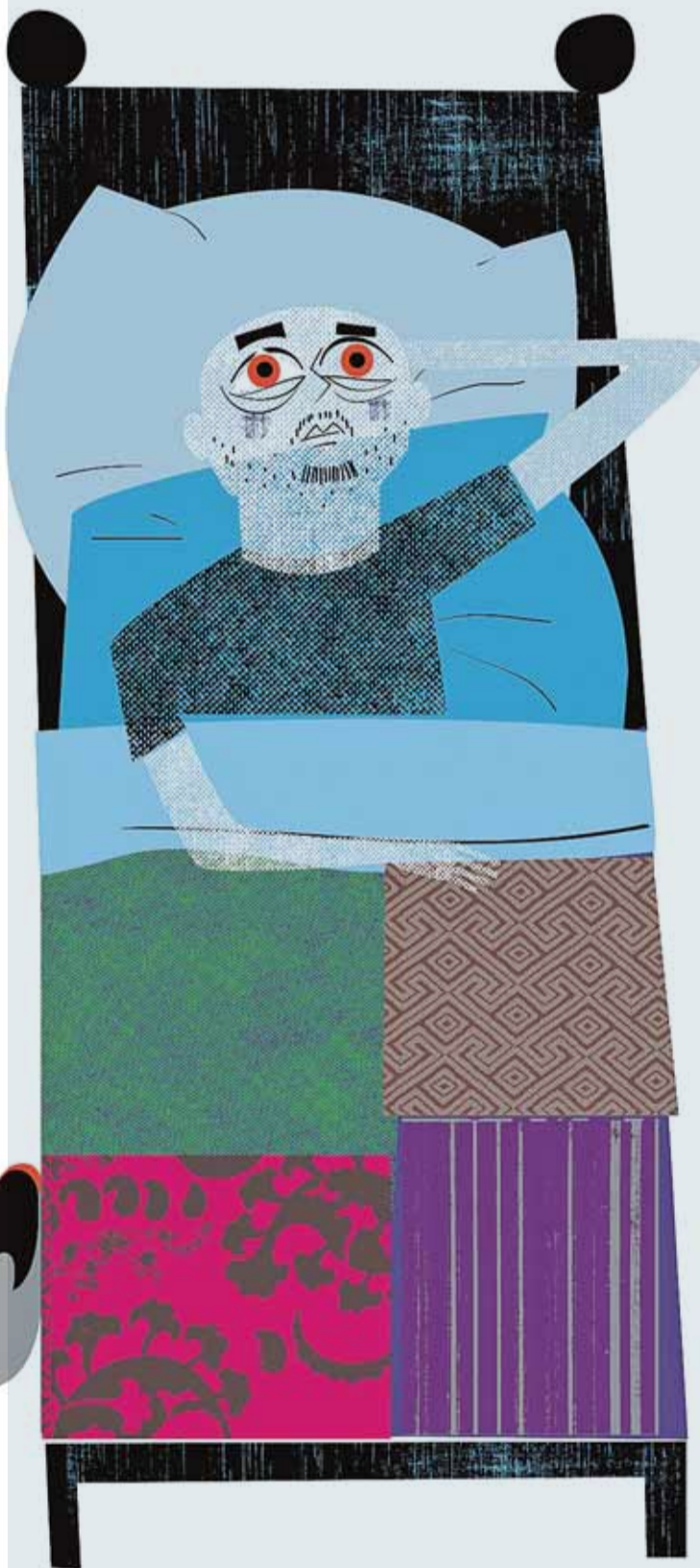
Me incliné y con voz entrecortada pregunté ¿quién eres? El niño se agazapó aún más y se escondió en la oscuridad del armario. Unos segundos después unos arañazos en la pared me anunciaron que intentaba huir como un gato desesperado.

Permanecí inmóvil y en silencio. El niño volvió a sacar su escuálida cabeza con el cráneo marcando claramente la frontera con las orejas. Me miró con las pupilas dilatadas y con una voz más asustada que la mía respondió: soy yo.

Ambos nos miramos como dos fieras que cruzan sus caminos y se observan para reconocer impulsos ocultos. Él vio en mí la tranquilidad del que sabe que sueña, y yo vi en él la tranquilidad del que sabe que es soñado. Su rostro se relajó por momentos y muy lentamente abrió la puerta de la parte superior del armario. Se trataba de un niño de no más de nueve años, delgado, medio desnudo, malnutrido, con la mirada fugaz y las manos llenas de arañazos.

–¿Qué haces aquí? –le pregunté.
–Me escapé de la escuela –me contestó arqueando una de sus cejas.
–No está bien escaparse de la escuela.
–La maestra me quería castigar.
–¿Y qué hacías en mi armario?

El rostro del niño se volvió a tensar, inmediatamente después se lanzó sobre la alfombra y se ocultó tras la parte trasera



POR **RAFAEL ESCUDERO CALMACHE**

ILUSTRACIÓN MIKEL CASAL

de la cama. Se asomó hasta la línea de los ojos e inclinó su pequeña cabeza.

–No me gustan los castigos. Mi maestra es mala.

Sonreí. La pesadilla se iba moviendo lentamente en un sueño de fronteras abstractas.

–Seguro que no es tan mala.

–Me castigó porque no quise hacer la tarea. Ella siempre castiga a los alumnos que no son aplicados. Es mala y la odio.

El tono de su voz creó un pequeño lazo de confianza entre los dos.

–Seguro que no es tan mala.

–Sí lo es, pero todos la queremos

porque tiene la voz dulce y nos acaricia el pelo cuando lloramos.

El niño sonrió con la parte izquierda de la cara y se subió encima de la cama, de cuclillas, con la espalda echada hacia adelante, como intentando olfatearme.

–Lo mejor será que regreses a la escuela, te estarán buscando.

–Aún no me buscan, es la hora de las tareas.

–¿Y por qué no te marchas a realizar la tuya?

–No puedo marcharme, llevo tres días sin hacerla y la maestra está enfadada. Además me he saltado la norma número cinco y eso es una falta grave.

–¿Qué es la norma número cinco?

–Eso lo sabe todo el mundo. Todos los días al entrar a la escuela los alumnos recitamos las siete normas. Te las puedo enseñar, son muy fáciles de recordar. La primera norma es 'No dirás que no a la maestra', la segunda 'No podrás salir de la escuela sin un pase', la tercera 'No utilizarás zapatos ni otros utensilios sonoros', la cuarta 'No jugarás en los tejados', la quinta 'No hablarás con los receptores', la sexta 'No beberás ni comerás fuera de la escuela' y la última 'No dejarás las tareas sin terminar'. Algunos niños se saltan las normas y entonces la maestra se enfada mucho y todos lloramos, y todo el mundo llora. Y yo me he saltado la quinta norma y estoy hablando contigo, y la maestra me castigará.

El niño se colocó sobre mí con los pies lo suficientemente separados y anclados en los laterales como para no rozar el bulto de mi cuerpo bajo la cubierta.

–No me gustan las tareas.

–Pero las tareas a veces son necesarias si quieres convertirte en un hombre.

–La escuela es mala, la maestra es mala y las tareas también.

–No, no lo son. Todos los niños van a la escuela, tienen maestras y hacen sus tareas, esa es la vida, después tendrás un trabajo, una esposa, quién sabe si incluso hijos. Tus compañeros seguro que realizan su tareas

El niño me miró sorprendido y acercó su boca hasta mi barbilla, noté la fría respiración en mi garganta. El olor a la leche agria en la comisura de sus labios inundó mi cabeza y comenzó a resultarme nauseabundo.

–Mis compañeros no se saltan la quinta norma, pero se saltan la cuarta y se suben a los tejados de los hospitales y juegan al escondite.

El silencio de la noche quedó interrumpido por un motor lejano que parecía acercarse.

El niño miró hacia la ventana con ojos aterrados. El sonido se acercó aún más, era un camión que avanzaba lentamente por la calle. El niño me miró sin cambiar la posición. Cuando el vehículo estuvo a la altura de la casa identi-

fiqué el sonido de la maquinaria, era el camión de la basura con un luminoso intermitente en la parte superior.

Los rayos de luz entraron haciendo dibujos simétricos en el aire y plasmando un esquema arquitectónico de luz en las cortinas, en la pared, en el armario, en la cubierta y en el niño. La luz dibujó un mapa jeroglífico sobre el rostro del niño.

–Es la maestra –me dijo.

Noté como los pies del niño presionaban sobre el colchón y el resto de su cuerpo se tensaba como el que es atrapado por la muerte y realiza un último esfuerzo para aferrarse a la vida. La luz intermitente iluminó su izquierda e inmóvil figura. Sus ojos tornaron sus pupilas en simples arañazos.

El niño iluminado comenzó a respirar agitadamente, movió su brazo derecho hacia mí, manteniendo el equilibrio con el resto del cuerpo; acercó muy lentamente su mano hasta mi boca y me rozó con la yema de los dedos.

Sentí un placer eterno recorrerme los miembros, como si una droga se apoderara de mis muñecas y de mi mandíbula para hacerlas descansar. No solamente desapareció cualquier resquicio de malestar sino que mi cuerpo adquirió la firmeza del esculpido, la piel se tersó, mis rasgos se hicieron más armónicos, mis piernas dibujaron sus músculos en la laguna del descanso y mi cabeza comenzó un relajante proceso de flotación.

El niño apartó sus dedos de mi boca y un pinchazo letal retorció mi belleza en caos, sentí convulsionarme, sentí transmutarse la paz anterior en desesperanza. El niño descendió de la cama, y con un solo salto consiguió aferrarse en el altillo del armario, utilizó sus uñas para engancharse al marco; sin mucha dificultad accedió al interior, volvió a girar su cráneo hacia mí, mirándome con compasión. Yo estaba allí con los ojos aterrados, sin poder parpadear, entumecido, sintiendo un veneno interior que me atrapaba desde las entrañas y que se extendía con raíces hacia la cabeza. Mi pequeño compañero inoculó un intruso en mi alma, el dolor.

El niño seguía mirándome y vi en sus ojos la tristeza de su tarea, descubrí en mi cuerpo el secreto de los alumnos, la doctrina de la maestra y la enseñanza de su escuela. Se giró rápidamente al interior del armario y cerró la puerta.

Después, el silencio acompañado por la luz intermitente del camión de la basura continuó a lo largo de la calle, parando delante de cada ventana, de cada puerta, iluminando las estancias con su fúnebre marcha de luz y siendo observado tan solo por un paseador de perros y cientos de niños con tareas sin realizar.